

MARGOT LOYOLA

Esencia y memoria de la música de nuestra patria

La “Condecoración al mérito Abate Juan Ignacio Molina” es la máxima distinción que otorga la Universidad de Talca a personajes destacados en las artes, las ciencias y educación, medalla que el año 2014 recayó en Margot Loyola, importante folclorista, compositora, guitarrista, pianista y recopiladora, e investigadora del folclore chileno y latinoamericano.

Para una mujer como Margot Loyola que ha recibido innumerables premios, la Medalla al Mérito Abate Juan Ignacio Molina que otorga la Universidad de Talca, no es un premio más, es más profundo que ello, esta medalla simboliza nuestro agradecimiento como Universidad pública regional, a una investigadora del folclore que nos ha enseñado nuestras raíces, que personifica la lucha y batalla de la sobrevivencia amada de nuestra identidad, a través de Margot Loyola hemos profundizado nuestro conocimiento y nuestra aproximación a la música chilena, ha sido a través de ella que hemos reconocido nuestras raíces, la valoración del baile de la cueca, la cultura de lo chileno, que está inmortalizado en las joyas de nuestro folclore, en los gestos delicados de nuestra artesanía, en todas aquellas justas que la imparcialidad del tiempo ha querido preservar, y que hoy, elevada a la condición de forjadora de la patria y ciudadanía, sigue inspirando a los hombres y mujeres de nuestro pueblo.

Esta medalla, que pretende interpretar el sentimiento tanto de la comunidad maulina, como universitaria se legitima cuando se distingue a Margot Loyola. Simboliza el concepto de la Universidad de Talca; la entrega del conocimiento, y la valoración de la cultura y nuestra identidad.

Nacida en Linares, en la Región del Maule, es en la provincia donde se forja el amor a la tierra, la patria amada, se simboliza en el folclore que hemos profundizado a través de Margot Loyola, y es también desde la provincia que una Universidad pública regional como la Universidad de Talca es que hemos decidido otorgar la máxima distinción de nuestra corporación a una mujer que ha sido, más que la investigadora, más que la estudiosa del folclore, Margot Loyola ha sido uno de los mayores referentes en la academia del folclore chileno y latinoamericano. Este reconocimiento académico es para una académica que validó el estudio y profundizó en las aulas la investigación de nuestras raíces.

La medalla Abate Juan Ignacio Molina, que lleva el nombre del insigne intelectual y naturalista jesuita del siglo XVIII, fue instaurada por la Universidad de Talca en el año 1992 con el objeto de distinguir a personalidades que hayan hecho contribuciones relevantes desde distintos ámbitos. Esta condecoración es entregada por la universidad, previo acuerdo con el Consejo Académico y la Junta Directiva de la Universidad de Talca, este año hemos querido homenajear a la folclorista maulina por su relevante aporte en el ámbito artístico cultural. Específicamente en el rescate, preservación y divulgación del patrimonio intangible que proviene de la cultura campesina y de las etnias que forman parte de la nación, realizando una importante función en la docencia y en la academia.

Una mujer que ha sido primavera todos los meses del año abundante de sueños, generosa de ideas, estimulante de esperanzas, recorre en sus venas la pasión del folclore chileno y latinoamericano, estudiando y enseñando a los jóvenes en las tradicionales

Escuelas de Temporada de la década del 40, en ella hemos conocido canciones, tonadas y bailes típicos de nuestro país y de países vecinos, que sin la mano, sin la voz de esta mujer hubiese sido aún más difícil recuperar.

Margot Loyola ha personificado el arte de la música chilena y latinoamericana, nos ha enseñado a amar la tonada, a conocer los acordes de la guitarra, nos ha transmitido un legado irrenunciable: esa patria viva que asoma en sus ojos y se vuelca en su corazón.

Una mujer que ha sido la hija de la tierra amada, la tonada que se entibia alrededor de un brasero, una mujer que desde niña, vivió la belleza del campo: *“Mis primeros recuerdos son los caminos, los árboles, la música de la naturaleza y del silencio”*...

Por el trabajo de su padre, ha sido una viajera incansable conociendo los lugares más recónditos de Chile y como ella ha señalado lo que más ha querido *“son las letras aprendidas con cantoras chilenas de pueblos perdidos en el mapa”*... Inolvidable en su formación fue su madre y su maestra de canto Blanca Hauser. Comenzó cantando con su hermana Estela, en la botica de su madre en Curacaví. Cuando las escucharon cantar fueron invitadas a Santiago a la radio del Pacífico, iniciándose el dúo de las Hermanas Loyola, fueron contratadas para cantar en los rodeos, actuaron en películas. Tiempo después grabaron en *Aires tradicionales y folklóricos de Chile* junto a Las hermanas Acuña, Elena Moreno y algunos cultores que don Carlos Isamitt trajo del sur. Fue un álbum con 10 discos de 78 rpm. Con la guía del Instituto de Investigaciones del Folklore Musical realizaron las primeras grabaciones.

A fines de la década del 40, Margot se haría cargo de las Escuelas de Temporadas en la Universidad de Chile, invitada por el rector de la época, don Juvenal Hernández, Margot lo recuerda en una entrevista realizada por Agustín Ruiz Zamora, en la **revista musical chilena**: *“Me dijo: “Esta cueca tiene que enseñarse en las escuelas de temporada”. Yo le repliqué: “¿Pero cómo, si yo no sé lo que hago?”. “No importa –me dijo– Ud. tiene algo de los campos, así que va allá, se para, enseña lo que puede y aprende”. Me contrató para la escuela de temporada en Santiago. Me fui donde Oreste Plath, que en esa época también hacía clases en las escuelas de temporada. El sacó de mí lo que yo había aprendido en los campos y rodeos y así me orientó para comenzar esta nueva etapa”*.

Sus alumnos están en todo Chile, el alumno más persistente ha sido Osvaldo Cádiz su esposo desde hace 52 años.

Son innumerables los conjuntos folclóricos que han aprendido de Margot Loyola; podemos destacar algunos de ellos: Primero el conjunto *Cuncumén*, luego el *Millaray*, y en los últimos años el conjunto *Palomar*, conjuntos que siempre han estado en constante relación con Margot Loyola, así también el conjunto de la Escuela de Música de la Universidad Católica de Valparaíso. El trabajo de Margot Loyola ha sido arduo, memorable, en cada región de nuestro Chile hay alumnos que recogieron sus enseñanzas, hoy, hombres y mujeres ya adultos que jamás la olvidarán. Su labor ha traspasado de generación en generación.

Hace 20 años, en septiembre de 1994, se le otorgó a Margot Loyola el Premio Nacional de Arte, mención Música, Agustín Ruiz Zamora, señaló en esa época, a raíz de la entrega del Premio Nacional: *“Se conquistaba así una tierra incógnita para nuestra historia musical y cultural. Musical, porque nunca antes se había otorgado este galardón a una mujer, y cultural, porque tampoco antes se le había reconocido al arte popular tan alto sitio”*.

Como Universidad de Talca, compartimos plenamente esa significación, la música y la cultura en nuestra institución tienen una alta relevancia.

El desarrollo universitario y su aporte efectivo a la formación, no puede sustentarse exclusivamente en la oferta agregada de programas de pre y postgrado, en innovadoras líneas de investigación científica y tecnológica, en atractivos programas de movilidad internacional o en estrechas relaciones con el sector productivo.

Una Universidad que desea aportar lo mejor de sus capacidades para trascender, requiere dar un adecuado sustento al proyecto de Universidad que se desea construir.

Es, precisamente, en la consecución de lo que podemos entender como un **ideal universitario** donde se da, con particular nitidez, el significado que juega la cultura en la formación profesional y la vinculación con el medio.

El tema es particularmente importante para una comunidad académica, que además de aspirar a construir una Universidad, desea contribuir también a desarrollar una cultura universitaria propia, con todos los elementos constitutivos que le son propios y que se pueden resumir al desarrollo de: **una tradición y un lenguaje**, que le sean propios.

Una tradición universitaria que sea capaz de conversar y de transmitir su saber de una forma particular; que tenga una particular forma de expresar sus sentimientos y por cierto que también, que sea capaz de difundir la verdad y la emoción de la cultura. Una tradición que debe marcar rasgos de identidad, capaces de construir un *ethos* propio.

Las grandes Universidades del mundo tienen esos rasgos, que las identifican y que las hacen diferentes unas de otras. Sus egresados proyectan la cultura de su *alma mater* y por sus elementos distintivos se les reconoce. De ellos se derivan conductas, motivaciones, una forma de actuar y un espíritu particular; la tradición y el lenguaje al que nos referíamos anteriormente.

Pienso que el proceso educativo transcurre –esencialmente– **en un ambiente formativo**, en el que se debe dar el suficiente espacio para el crecimiento humano y espiritual. Y este ambiente requiere de una cultura institucional forjadora de principios, valores y sensibilidades.

Nuestra sociedad y por cierto que también sus instituciones, requieren en su construcción de personas sensibles, en el sentido más amplio de la palabra.

Personas que sean dignas de su profesión, pero no sólo de ello, sino que también sensibles a las distintas expresiones de la cultura. **Profesionales que sean capaces de la emoción**, en una época en que todo es calculable, predecible y esperable.

Consecuentes con nuestros valores en la formación de los jóvenes, la valoración de la cultura es uno de los factores que nos ha impulsado a entregar este reconocimiento a Margot Loyola.

Creemos, es más, estamos convencidos que nos está permitido ser diferentes; aspirar a algo distinto.

A crear una historia que tenga una lectura infinita y que además la habiten personajes con capacidad de trascendencia. Una historia que pueda ser leída más allá de las circunstancias que le dieron origen y que la rodearon. Que pueda desarrollar su propio lenguaje y que sea la expresión de cómo sentimos lo que estamos haciendo y de cómo miramos al mundo.

Margot Loyola es uno de esos personajes que hacen la historia.

Es un honor querida Margot, tenerla en nuestra Universidad y brindarle un reconocimiento que simboliza el agradecimiento de todos los jóvenes que usted ha formado, esta Medalla al Mérito es más que una condecoración, simboliza el agradecimiento a su entrega, la nobleza de lo genuino, la maravillosa esencia de la capacidad del ser humano. El valor de lo nuestro, usted es la memoria y el futuro de nuestra esencia patria.

Una mujer que ha recorrido no solo la sencillez de los pueblos sino que grandes escenarios, cantó en el teatro Bolshoi, de Rusia, y en L'Escafe, de París, conoció la cultura indígena peruana con el escritor José María Arguedas, la música negra con Porfirio Vásquez, actuó en una película de Alejandro Jodorowski, sin duda innumerables escenarios que ha cantado y bailado el corazón de nuestra identidad, la pertenencia, pero por sobre todo ese afán maravilloso de otorgar el conocimiento de nuestro patrimonio, la sencillez de la vida de las cantoras, transmitiendo el valor de lo genuino, la esencia del ser humano, porque sin duda la humanidad es lo que trasciende y Margot ha trascendido en todos nosotros, en su legado de chilenidad.

En un sentido más moderno, la chilenidad, con su depurada ingenuidad, nos da un aliento de libertad original pero, al mismo tiempo, una sensación cada vez más fuerte nos invade, sentimos que su protagonismo se nos desdibuja, si la globalización no tiende los puentes de la verdadera conexión de los seres humanos.

En usted Margot no podemos olvidar la palabra Patria, en usted Margot, la tierra se hace más esperanzadora, las orillas de los ríos se acercan y aún cuando la modernidad y hermana territorial; la globalización, han hecho su ingreso triunfal en todos los rincones del planeta y nosotros, desde la orilla, les hemos tendido la mano.

Consciente o inconscientemente, sabemos que en ese caminar vamos dejando mucho de lo que nos pertenece:

Ideas, memorias, sueños y toda la común tradición de nuestras subjetividades.

El conflicto que se da entre los rasgos identitarios con los códigos globales presiona fuertemente a la sociedad en todos sus rincones.

Esta dicotomía se evidencia en los individuos de nuestro país que ayer veían limitar sus sueños e ilusiones entre el azul de nuestra costa y los maravillosos pliegues de su cordillera.

Estimados amigos, querida Margot Loyola

Vivimos un tiempo de emancipación convergente, proceso que no nos llevará más rápido a la felicidad, por cuanto, la globalización que tiene sentido es aquella que ocurre acompañada de un proceso de contextualización del acervo histórico y cultural de quienes la experimentan.

Pero hay una mujer que supo cantar a viva voz, que supo bailar un pie de cueca, no solo en la primavera de septiembre, sino en todas las primaveras.

La globalización debe ir siempre acompañada de la historia, de la memoria, no podemos olvidarnos de nuestra identidad, la tecnología avanza pero ese avance de la innovación no puede estar ajeno de nuestro patrimonio cultural.

Los paisajes del sur azul, la luz de la música que nos asombra, el color florecido de la naturaleza es también la música de la tierra, en la voz de Margot Loyola. No hay otra

luz, otra tonada no aprendida, otro paisaje que se iguale a los paisajes del folclore de la chilenidad.

Lo genuino de su trabajo investigativo, aún cuando Margot no se define como investigadora, sí lo es, a su modo, desde la esencia del conocimiento del hombre, de la mujer, la observación, en sus comienzos Margot lo percibía como un juego y luego fue tomándole el peso a su trabajo, a profundizarlo, como cuando señalaba: *“Todo lo que yo investigo está relacionado con el hombre. Por eso, cuando voy al medio me pasan dos cosas: primero vivo, no pienso. Vivo el paisaje, me emociono, descubro al hombre y aprendo de él todo lo que pueda y quiera enseñarme. Gozo viendo caminar a una mujer. Me gusta oírlas, mirarlas, tocarlas, me gusta descubrir la dimensión humana. Así aprendo cosas que ni he pensado preguntar. La observación directa y el acercamiento personal son lo primero que experimento. Luego grabo y posteriormente estudio. Indago, veo parámetros musicales, rasgos estilísticos... Después pienso.*

Sin embargo, últimamente he descubierto que estoy sintiendo y estudiando simultáneamente...”

Y es precisamente ese rasgo tan auténtico en Margot Loyola, tan genuino que la ha convertido en una mujer única para abordar la investigación y transmitirla, no hay una definición única para la tierra poética que siembra en sus flores silvestres, en aquel camino de tierra iluminado por un aroma en flor, que alguna vez caminó Margot en una tarde de invierno, un paisaje de la tierra, un espacio territorial y colorido. Me adentro en ese camino de tierra, la infancia, que toca todas las infancias, el bosque orillando los caminos y el tiempo, territorios que vuelven a apoderarse de nuestras vidas a través del arte, con la enseñanza de Margot Loyola nos hacemos parte de ese paisaje del folclore, nos mimetizamos en el borde del camino, el canturreo de las cantoras de los pueblos, no se ha perdido gracias a Margot, no puedo dejar de mencionar su amistad con su comadre, la gran Violeta Parra.

La vida es un transitar por esos paisajes, un clima del asombro de un tiempo que permanece y que adquiere una suerte de posteridad, de aquello que permanece para siempre. Margot Loyola logró en su búsqueda incesante, en ese caminar, el instante pleno de una canción que se creía olvidada, a veces somos esas flores diminutas, sencillas, coloridas, genuinas y silvestres como aquellas canciones y tonadas de los pueblos, con sus puertas siempre abiertas para escuchar la melodía dulce de las cantoras. Las tonadas son como aquellas malvas silvestres, como los campos azules de lentejas, como aquellos misterios de ese recuerdo que vuelve, y hoy en esta Ceremonia Solemne lo he sentido, he palpado el tiempo que transcurre y que se hace memoria y trasciende en la obra de Margot Loyola.

Su sello es impregnar el paisaje del folclore, el descubrimiento, la investigación el estudio de una memoria indeleble del tiempo que transcurre a nuestro alrededor, se siente el viento de los caminos de tierra que Margot tuvo que caminar, se siente el frío en los paisajes sureños y aquella calma de la plenitud que da la contemplación de sus obras en el silencio, que no es otro silencio que el día que pasa, el tiempo que no vuelve, y que Margot Loyola lo hace volver es sus manos, en su canto, en su voz. Ella acercó los ríos y los caminos de tierra hecha agua, la lluvia del sur se nombra también en estos paisajes solitarios. Allí

está también nuestra artista en el silencio y en la soledad de la creación, acompañada de su fiel esposo Osvaldo Cádiz, aquí también estamos nosotros en nuestra soledad y en nuestro silencio para admirar la belleza del sur azul, el ocre de los desiertos, el verde de nuestro Chile Central.

Las imágenes poéticas de los paisajes de nuestra artista, comienzan a poblar nuestros sentidos, nos provocan las emociones de advertir en la calma de la contemplación, lo que nos produce cuando admiramos el paisaje, cuando escuchamos canciones antiguas, recobradas en la voz de Margot.

León Tolstoi dijo a los novelistas de su tiempo: ***“describan bien vuestras aldeas y serán universales”***.

Lo chileno, establecido entre la cordillera y mar, entre desiertos y glaciares, se arraiga fuertemente a los tesoros de nuestra cordillera que hemos sabido descubrir; se alberga en la fertilidad primigenia de nuestra tierra que hoy alimenta a nuestros campos; se refleja en el azul profundo que acaricia una extensa costa, cuyo susurro salino parece inagotable.

Esa poética histórica es tan chilena como el paisaje que los ojos de nuestros antepasados y los nuestros hemos podido compartir.

Como una tonada en el atardecer, como una cueca bailada bajo el parrón de una casa de campo, como el rasgueo de una guitarra en la noche.

La idea de la chilenidad que percibe el colectivo nacional es alegre y jovial; huele a viento fresco de primavera, a música antigua, a canciones descubiertas.

Lo chileno existe;
nadie debe salir a buscar lo que aún no se ha perdido.

Le pertenece el amarillo ocre de sus pampas, la geometría de sus cordilleras, el caprichoso curso de sus ríos, la fusión de la nube en sus bosques, y la ventosa costa que vertebró nuestra condición insular.

Lo chileno huele a fresco, a equilibrada humedad,
a tierra vegetal.

En un sentido más moderno,
la chilenidad, con su depurada ingenuidad,
nos da un aliento de libertad original
pero, al mismo tiempo,
una sensación cada vez más fuerte nos invade,
sentimos que su protagonismo se nos desdibuja.

Constreñida a una presencia ocasional,
relegada a ciertos pueblos,
con dejes decadentes,
contenida casi sólo en una estación del año,
con rasgos estrictamente folclóricos,
la hemos ido dejando;
alejando de nosotros.

Un extraño pudor nos recorre,
que nos dificulta vincularnos de manera más comprometida
a eso que tanto nos pertenece.

¿Estaremos perdiendo los códigos?
O, tal vez,
¿la idea de chilenidad
es incompatible con la noción de hombre moderno?

¿Por qué la formalidad urbana,
gris de color,
opaca como el acero,
nos interpone esa barrera?

En el laberinto de nuestras soledades que profundiza el sentimiento de nostalgia, tan propio del género humano, lo chileno nos permite abrir un espacio mágico a algo que sí es muy nuestro.

Lo chileno es el espacio mágico y común en el que nos reconocemos como grupo humano vital y vigente, con un pasado conocido y asumido, rico en costumbres y trayectoria, que tiene manifestaciones artísticas, producciones literarias, patrimonio histórico y cultural, y que nos permite aceptar y superar nuestras propias contradicciones.

Una mujer como Margot Loyola, que identifica en las imágenes del pasado elementos nutritivos y amigables, tonadas, canciones, humanidad, y trascendencia que podemos heredar.

Nuestra identidad cultural tiene por delante el gran desafío de mantener su sello, su vigencia en una época de cambio y transformación.

Esto es un reto que a todos nos compromete: conservar nuestras letras, nuestra historia, nuestro folclore, nuestra cultura, nuestras tradiciones y, también, nuestro canto.

Mantener vigente nuestra música, nuestra voz expresada en paisaje, en fiestas, en personajes, en atuendos y bailes en melancolías.

En manifestaciones de solidaridad, en el corazón de mujer, en sus ojos negros, en su corazón, en pregones y recuerdos coloniales, en fin, en el Chile lindo que hay que querer.

Ese canto,
que es chilenidad,
que es color,
armonía y fuerza poética,

Ese canto, que nos toca y que nos acaricia en nuestras fiestas, que nos emociona cuando estamos lejos de la Patria, ha sido divulgado y enriquecido por el trabajo de una mujer que se ha dado por entero. Una verdadera institución cultural de nuestra Patria, es esta mujer llamada Margot Loyola, que sintetiza identidades, que contiene paisaje,

naturaleza, tonadas que cantan a la tierra, canciones que recuerdan penas y alegrías.

Han sido agentes relevantes de la globalización de nuestra cultura, nuestras ideas, nuestro paisaje.

Margot Loyola, ha sabido mostrar, con calidad e hidalguía, lo más selecto de nuestra imagen nacional.

Trayectoria, nivel artístico y continuidad, compromiso nacional y dedicación, esmero, calidad interpretativa y simpatía, sencillez, cordialidad, colorido y coherencia, son algunos de los conceptos que motivaron a los miembros de la Junta Directiva para emitir su veredicto, y otorgar la más alta distinción a Margot Loyola, la Medalla al Mérito Abate Juan Ignacio Molina, Máxima distinción que otorga la Universidad de Talca.

Gracias Margot Loyola, esta medalla le pertenece, así como le pertenece esta tierra viva que la vio crecer, hoy cosecha lo sembrado, como ese campo azul de lentejas que nuestro corazón le otorga a manos llenas...

Álvaro Rojas Marín
Rector Universidad de Talca